

**REVISTA CIDOB d'AFERS
INTERNACIONALS 47.**
**Ciudades y desarrollo en
iberoamérica.**

Balance del seminario.
Jorge Salinas

Balance del seminario

*Jorge Salinas

Es un honor tener la posibilidad de compartir experiencias con personas interesadas en reflexionar sobre las realidades de nuestros países latinoamericanos, de compartir experiencias y de sacar lecciones que nos permitan encontrar puntos en común, que acerquen nuestros desafíos al sueño de construir las sociedades que deseamos. Este seminario ha reunido a personas que tenemos una preocupación común por el desarrollo de hoy día, que percibimos cada vez más complejo pero también más socializado en la mente y los corazones de un número creciente de personas que sienten la necesidad de encontrar, más que respuestas, alternativas que lo hagan posible. El tema del desarrollo local y el papel de los municipios nos sirve hoy de excusa para comprobar desde distintas experiencias municipales y territoriales, que estamos frente a una nueva puerta que puede acercarnos a usar nuestra diversidad y nuestra inventiva como herramientas en la tarea de recuperar algo que es parte de nuestra cultura social: compartir la vivencia de lo cotidiano y, desde ello, desplegar nuestras propias capacidades locales en la construcción de nuevos proyectos que pueden ser mejor comprendidos y asumidos por nuestra gente. Hoy, cuando contemplamos el crecimiento de la pobreza, el desempleo o la exclusión social, ya no nos cabe ser un convidado de piedra en sus soluciones sino, por contra, convertirnos en protagonistas de la búsqueda de nuestras propias soluciones, las cuales escarban en experiencias de otros países y en la complejidad de un mundo que nos ha globalizado en nuestros desafíos.

Este evento tiene entre muchos méritos. Entre ellos, el haber traído a un conjunto de personas de procedencias laborales y profesionales distintas, pero unidos por un mismo interés en ampliar nuestras reflexiones y compartir conocimientos. Esto nos ha de permitir la construcción paulatina de un lenguaje común en lo que en la actualidad no es sólo preocupación de intelectuales, sino también de gobernantes y autoridades,

que parecen descubrir en la endogeneidad de nuestros procesos la fuerza para generar sinergias que potencien nuestra institucionalidad, favorezcan el encuentro de actores territoriales, impulsen las iniciativas productivas, y consoliden la acción solidaria en pos de las tareas del desarrollo. No es una misión fácil, como muchas otras, pero el desafío se viene asumiendo gradualmente, y los que hoy nos hemos reunidos gracias a la Fundació CIDOB, intentamos aportar pequeñas contribuciones para que la discusión no se quede sólo en un ámbito doméstico, reducido, sino que sea conocida en otros foros como los que este evento ha permitido.

Venimos de un mundo donde desde hace una década estamos conociendo el crecimiento de las distancias entre los llamados países desarrollados y los que estamos calificados como en vías de desarrollo. Sin embargo, también somos espectadores de la aparición de nuevas situaciones que afectan también a parte de poblaciones de ambos mundos. En ambos emergen con nuevos signos, sectores, regiones y grupos que comparten la modernidad impulsada por el nuevo patrón de acumulación económica, pero simultáneamente también en ambos crecen los excluidos. La globalización ha acercado tanto a los beneficiarios como a los marginados de este proceso. El acceso se ha convertido en la variable estratégica de la modernidad y el progreso. El conocimiento, la tecnología, el desarrollo empresarial y el mercado dirigen las velocidades y ritmos del crecimiento moderno y ello nos obliga a no perderlos de vista. Es por ello que debemos dejar atrás la historia de buscar culpables para pasar a aprovechar nuestras propias capacidades.

Nuestras grandes poblaciones han aprendido a vivir en las urgencias y en la supervivencia, afectadas por la incapacidad de nuestras clases políticas y la debilidad de nuestros estados, influidas por nuestros temores y por la actitud cultural de gestionarnos mirando lo que viene de fuera. Hemos sido dominados por la inmediatez creada por el clientelismo político, aprendiendo lentamente de lo nuestro. Hoy en día, sin embargo, nuevas voces se levantan para recordarnos la potencia de lo nativo, lo popular, lo diverso, lo local. Sumamos cada vez mayores evidencias que algunas posibles salidas a nuestra permanente crisis pueden provenir de estas fuentes. Para ello no obstante hace falta dejar atrás la visión sectorial, el “cortoplacismo”, el seguimiento de un modelo importado. Se requiere que los desafíos del desarrollo actual no se queden en grandes discusiones académicas, y hay que pasar al protagonismo de nuestra propia iniciativa aprendiendo de otras experiencias y mejorando nuestro instrumental institucional, de políticas públicas, de concertación y de prácticas.

Países de Europa como España nos enseñan que la solución a los problemas de la mejora de la calidad de vida no pueden estar alejados a la construcción democrática y de la gobernabilidad. El mundo del trabajo, la participación ciudadana o el crecimiento económico, son parte de las tareas que los municipios deben encarar, en un intento de explotar nuestra diversidad y nuestros territorios.

En estos días de diálogo en la Fundació CIDOB, más que llegar a conclusiones hemos tenido la oportunidad de ampliar nuestros balances personales y aproximarnos a uno común, que tiene el mérito de estar basado en nuestras experiencias de trabajo, en nuestras iniciativas, en nuestras angustias y, acaso, en nuestra imaginación. Ésta, más cercana a las sensaciones que nos da el compartir y ver la reacción de los actores de nuestros pueblos, nos hace creer que el desarrollo puede impulsarse a partir de la gestión de nuestra capacidades territoriales.

Algunos de los puntos de este balance común indican que hoy día no podemos cerrar los ojos ante la evidencia que vivimos en un mundo globalizado, que nos obliga a no perder de vista los cambios que ocurren en el mundo desarrollado. Esto requiere no descuidar la importancia de la acción corporativa, de la actuación bajo formas de redes, o a no obviar la integralidad de los procesos económicos o sociales. En definitiva, implica sentir que no somos una isla en la dinámica mundial y que, por contra, el despliegue de nuestras capacidades locales no es ajeno a los efectos de procesos mayores, de procesos a escala superior.

La comprensión de este contexto nos hace ver que el desarrollo y nuestro crecimiento económico no consiste en un proyecto de autonomías locales ni de apuestas autárquicas, sino por lo contrario que necesita del esfuerzo por comprender el nuevo rol del Estado, de los mercados, de sus actores y alianzas. Requerimos acceder a los cambios y dinámicas que apuntalen el despliegue de nuestros ritmos y oportunidades. Para ello, hay que aprender a capitalizar nuestros recursos físicos, humanos y tecnológicos, sin descuidar la importancia de fortalecer nuestra institucionalidad, nuestra cultura, nuestra organización y la gestión. Los desafíos para lograrlo, no son únicamente tarea de un solo Estado, que se debate hoy entre su achicamiento y el protagonismo del mercado, sino también obra de una sociedad civil y de nuevos actores del mundo empresarial. Acercarlos, concertarlos y forjar alianzas es una de las estrategias para que las potencialidades locales se conviertan en insumos y factores reales para el crecimiento y el cambio.

Otro punto del balance concluye que desde los años ochenta los escenarios para el cambio vienen perfilándose por nuevas condiciones objetivas y subjetivas propias e importadas. Los procesos de ajuste y estabilización económica han dejado su secuela fijadora de las variables macroeconómicas, debiendo destacarse la importancia de las reformas en favor de procesos de descentralización política y económica del Estado. Bajo prioridades distintas y con énfasis territoriales y políticos distintos, el Estado sufre un proceso de reordenación continua, sin dejar de lado que el poder del centro sigue imperando sobre todo en los procesos decisorios. Regiones, departamentos, provincias y municipios han pasado a tener nuevas competencias, y si bien no alcanzan aún el poder de su autonomía fiscal caminan con resultados distintos en favor de la emergencia de nuevos actores, nuevas formas de ver lo público, de comprender la gestión, de apreciar la corresponsabilidad, de sentir la política pública y, sobre todo, de entender una nueva forma de visualizar cómo aplicar el desarrollo o de cómo mejorar la democracia.

Dentro de estos procesos de descentralización, los gobiernos municipales se convierten cada vez más en actores claves de la articulación de la política pública nacional y la demanda social. Los municipios, aunque lentamente, empiezan a ser considerados como escenario legítimo para establecer y valorar los esfuerzos del desarrollo económico y social, como actores válidos para identificar la demanda y oferta ciudadana, así como agentes estratégicos para auspiciar maneras de encuentro práctico y efectivo entre las diferentes formas de colaboración pública y privada.

Sin embargo, aún hay muchos desafíos y tareas por realizar para que los municipios alcancen a erigirse en los actores clave de la gestión de su desarrollo territorial. Desde la mejora administrativa hasta la comprensión de lo que significa ser gobierno y no administración municipal, son parte de las tareas a construir. Se necesita una profundización mayor en los procesos descentralizadores, entendiendo que no sólo hay que esperar la voluntad política de los gobernantes nacionales, sino que hay que dinamizarla también desde la acción local. Hay que desplegar imaginación, innovando, para construir las ciudades que queremos, para hacer de la demanda ciudadana la excusa para movilizar los recursos locales, no sólo los de la municipalidad. Hay que construir una cultura cívica basada en la recuperación de nuestros patrimonios comunales de todo tipo; hay que auspiciar instrumentos que permitan dejar atrás los procesos de suma para pasar a los de multiplicar. Las iniciativas descentralizadoras nos han servido los escenarios para ensayarlos y el desafío consiste en aprovecharlos.

Gran parte de nuestros municipios en América Latina, están en áreas rurales, con poblaciones que apenas llegan a las 20.000 personas y, en algunos casos, no superan los 5.000 habitantes. Aquí los desafíos deben hacer frente a otros problemas que se suman a la imaginación, el liderazgo o el compromiso de sus dirigentes. Hay que lograr que las políticas públicas dejen atrás sus prioridades asistenciales, y que pasen a poner en práctica la subsidiaridad de la función pública. Se trata de demandar hacer hasta donde los municipios puedan hacerlo. Romper el tutelaje de la administración administrativa superior, para poner en práctica formas de asociación municipal; construir instrumentos que den paso a reglas y procedimientos establecidos por el principio de la legitimidad sobre la que debe asentarse la autoridad local surgida de su elección democrática.

Asimismo, estos entes municipales deben generar sus propios recursos y administrar de forma autónoma los que hoy se les transfieren. Esta debe ser parte de la apuesta hacia la que los municipios deben encaminarse, sin dejar de reconocer que las debilidades por la carencia de profesionales son una realidad, pero superable si la visión de su responsabilidad es mayor.

Otro punto del balance nos lo ha aportado el constatar, desde nuestras distintas experiencias, que las pequeñas iniciativas económicas están presentes en la vida cotidiana de toda comunidad, pero que necesitan crecer en calidad, aspecto que los municipios no pueden pasar por alto. Comprometerse a potenciarlas es una tarea legítima y socialmente correcta.

No podemos seguir pensando que toda la responsabilidad de la gestión cae sobre los hombros del aparato estatal. Tenemos que buscar y construir pactos, alianzas sociales, económicas, políticas, para poder mover lo que tenemos a nuestro alcance. Hay que trabajar sobre y con lo que tenemos, para avanzar en ser innovadores. Gestionar el territorio es parte de ello, comprendiendo que en la mejora de la productividad, en la integración de los actores y sus sistemas económicos, esta la clave de dejar atrás la espera de la acción del gobierno o la bondad del mercado. Debemos aprender de lo cotidiano para dar los grandes saltos al mundo de los sensores y los grandes ordenadores. La innovación será incorporada como una visión y una conducta cuando seamos capaces de comprender y actuar para que nuestros municipios puedan asumir los cambios de la modernidad globalizada.

Otra conclusión común ha sido la importancia de hablar de desarrollo, de recuperarlo por encima de la noción del crecimiento económico. Este último se hace y, de hecho, se viene haciendo, sin la intervención de grandes actores territoriales. Incorporar junto a la dimensión del territorio la de su desarrollo es dotar de entidad el rol de los actores de carne y hueso que hacen y dan forma al municipio en la comunidad. Apoyar su organización, ampliar sus responsabilidades en una agenda local, es otra tarea que no puede obviarse. Detrás de la pregonada individualidad y racionalidad económica hay que buscar las intersecciones de la colaboración, del bien común, de la necesidad colectiva. Hay que convocarlos, animarlos, dotarlos de nuevos mitos alrededor de la vida comunal, dotarlos de un proyecto deseable que permita dejar atrás la siempre declarada potencialidad y convertirla en insumo real del cambio.

Finalmente, me permito añadir que este somero balance busca dejar patentes algunas “ideas fuerza” que deberían animar encuentros alrededor del tema del desarrollo local y el desafío de los municipios. Nos vamos convencidos que empezamos a compartir un lenguaje lleno de realidades y expectativas, afianzados en que estamos dejando atrás la discusión de los modelos para asomarnos desde lo local, desde la gestión territorial del desarrollo, a un nuevo desafío que va más allá de lo intelectual, ya que nos acerca al mundo de la gente que sabe hacer las cosas y que de hecho las viene haciendo. Ante ello, estas conclusiones nos deben animar a conocerlas mejor, a seguir su desarrollo, a evaluarlas y a seguir ampliando este u otro tipo de reflexiones.

Por último, agradecemos a la Fundació CIDOB y a la Comisión de la Unión Comunitat Europea que se animaron a crear este foro para este evento y que esperamos pueda hacer surgir un espacio permanente para otros participantes.